

Hace algunos años pensé, ¿por qué no escribir mis vivencias de aquellos seis años en Cristo Rey? Pensé que a más de uno le gustaría recordar aquella etapa de su vida. Así que si me lo permitís, a través de nuestra página os iré relatando aquello que yo llamé “Inolvidables Años”. Espero que os traiga gratos recuerdos y os animo a que vosotros os decidáis a escribir también o nos mandéis fotos o cualquier información para ver si volvemos a formar una familia como la que tuvimos en aquel tiempo.

INOLVIDABLES AÑOS

Volvería a vivirlos de nuevo

Era una tarde de finales del mes de septiembre de 1969. Vestía unos pantalones largos no muy bonitos, pero que a mí me parecían los pantalones más bonitos del mundo porque era la primera vez que vestía de largo después de trece años de mi vida, de mi infancia, de mi niñez, de esa niñez que hace tan felices a los padres, porque, y creo que estoy en lo cierto, durante ese tiempo las alegrías superan con creces a los sinsabores y disgustos, en el seno paternal.

Había transcurrido una época sin preocupaciones, sin más obligaciones que jugar y jugar –que eran los deberes que nos ponía mi padre en la escuela–, sin que nadie te diga que lo que estás haciendo es malo porque puedes perjudicar a tu prójimo o a ti mismo.

Había transcurrido la etapa de la inocencia, porque no hay nada más inocente que un niño. Atrás quedaban anécdotas que mis padres recordarían algunos días, cuando estábamos sólo los de la familia o salían a cuento cuando hablaban con los amigos.

Mi madre me había preparado la maleta con todo esmero, como siempre preparan las madres las maletas; me había dado todos los consejos que una madre puede dar:

– “Hijo, aplícate y estudia mucho, que el provecho es para ti”–.

Este consejo se repetiría durante los seis años de mi estancia en Cristo Rey al empezar el curso. Seguro que lloraría mucho al verme marchar; benditas lágrimas de madre que no se pagan ni con todo el oro del mundo.

–“Sé educado para que nunca te tengan que llamar la atención. Dobla bien la ropa. Sé muy aseado, y si necesitas algo, escríbenos. Adiós hijo”–.

Me dio un beso como si me fuera a la guerra... Para qué vamos a hablar de las despedidas, si de este tema ya está todo dicho.

Mi madre me seguiría dando consejos, aunque yo ya no la oía, hasta que me perdiera de vista.

Una nueva etapa empezaba para mí, me iba a hacer un hombre. Iba a dejar el mimo, iba a aguantar muchas faenas y sinsabores, pero estaba contento, no sé por qué, pero estaba contento; presumía que iba a conocer a mucha gente interesante y que iba a tener muchos y buenos amigos. No me equivoqué.

De momento, aunque no me hacía mucha gracia la idea, no me quedaba más remedio que estar con los de mi pueblo que estudiaban el mismo curso, aunque no éramos amigos en el pueblo. Uno de ellos tenía fama de matón. Los que ya llevaban un año en el colegio le odiaban a más no poder y le temían, así que junto a él me encontraba seguro, por lo menos de que nadie me hiciera faena alguna, aunque corría el riesgo de ser también odiado por aquello de “los amigos de mis enemigos son mis enemigos”.

Recuerdo que un día en el comedor, teníamos lentejas –casi seguro que de mi pueblo, Villanubla– de primer plato. Con nosotros cuatro estaban otros dos, ya que las mesas eran de seis comensales. En cuanto nos pusieron la perola en la mesa, fueron los de mi pueblo a por ella, como los buitres a la carroña, se llenaron sus platos a tope, después me dijeron que me sirviera yo, me serví unas pocas de las muy pocas que quedaban, otras pocas se sirvió el quinto, muy pocas... para el sexto, Salva –un chico muy majete de Bolaños de Campos– ya no había ni una cucharada. A los pocos segundos Salva lloraba amargamente, no, no por el hambre que pudiera tener, sino por la faena, por la mala leche, por lo insociables que eran aquellas personas con las que estaba conviviendo. Lloraba de rabia.

Como no quiero empezar mal este mi relato voy a disculpar esta acción por la cosa de que éramos todavía unos chiquillos de trece años. Afortunadamente ahora en la vida real, parece ser que son personas normales.

A mí me dio mucha pena aquel hecho, y desde aquel día pensé que tenía que buscarme otros compañeros, pues no comulgaba con aquel comportamiento de los de mi pueblo.

Empecé a relacionarme con otros, a buscar amigos con los que poder hablar, convivir, jugar; porque todavía estaba en edad de jugar, y no tardé en encontrarlos, y de los buenos.

2º DE INICIACIÓN

Mi primer curso después de dejar la escuela de mi padre.

Los alumnos que pertenecíamos a este curso estábamos divididos en cuatro clases: A, B, C y D. Por mi primer apellido, me tocó en la clase D. Allí había de todo. Había gente inteligente como Alberto, el de mi pueblo, que era tan buen estudiante como camorrista. Antolín San Cristóbal, un gran estudiante, una gran persona y un gran amigo. Los demás, del montón, estudiantes regulares y siempre armando alguna pica.

Ignacio "Cocita"

Poco tiempo tardé en quitarme la morriña de encima; pero poco tiempo tardé también en caer enfermo. Lo de siempre, la gripe.

Por aquél entonces estaba la enfermería a tope. De mi clase había unos cuantos. Se encontraba entre ellos, Ignacio, un chico de Gomeznarro, un pueblo al lado de Medina del Campo que todavía, debido al poco tiempo que llevábamos casi no nos conocíamos, pero que desde aquel día fuimos grandes amigos. Tenía una forma de hablar muy calmada, muy sosa pero a la vez muy graciosa. A mí me parecía andaluz, y cada vez que me hablaba, le cortaba y le decía: "ele ahí la cocita". Para qué quieres más. La gente tenía ganas de divertirse a costa de lo que fuera y del que fuera, le empezó a llamar "Cocita", y

con “Cocita” se quedó hasta sus últimos días en Cristo Rey. Lo más cachondo del caso es que el mote o apodo se lo había puesto yo sin querer, sin mala intención, y el único que le llamaba por su nombre era yo.

Después siempre me lo echaba en cara, y cada dos por tres, cuando le llamaban por el mote, me decía con su graciosa sosera: “porque ere gilipolla, qué cojone, tú ha sido el que ha tenío la culpa; anda, vete a tomá pol culo”.

Nos hacía mucha gracia cuando contaba algún chiste. Le gustaba mucho contar chistes y era muy gracioso.

Recuerdo que se sentaba en clase con el más fuerte, Fernando Rebaque. Qué bíceps tenía el tío. Todo el día le estaba pegando golpes en los brazos y en las piernas porque Ignacio se cachondeaba hasta de su sombra. Rebaque le pegaba e Ignacio se lamentaba y se reía a la vez; y el otro le pegaba y le voceaba; hasta que una vez cogió un bolígrafo Ignacio, y mientras el otro le miraba de frente, le pintó en la punta de la nariz mientras le decía: “que no me vocee”. A continuación llegaba la carcajada general de toda la clase. ¡Qué ratos!

Otro día en clase de Gimnasia, el profesor nos mandó alinearnos y numerarnos de a dos. Estábamos colocados en dos columnas. Del primero al último había que ir diciendo el número que correspondiera a cada uno, unos decían el uno y el siguiente de atrás tenía que decir dos. Pues bien, empezamos: uno, dos, uno, dos, uno, dos..., cuando llegó a Ignacio, el que estaba delante de él había dicho dos, y él con su sosera graciosa dijo: “tre”. Descojono general. Le llamó el profesor y le dijo que por qué había dicho tres, y no se le ocurrió decir otra cosa que: “e que ge me ha ecapao”. De nuevo descojono general; expulsión de la clase del insubordinado y comentario para unos cuantos días.

Otro día estábamos en clase, y unos cuantos llaman a Rebaque, y burlándose de él, le hacían gestos tocándose los bíceps como si de practicantes de culturismo se tratara. Acabó la clase, les cogió a los tres o cuatro en un rincón y les pegó palos hasta la saciedad. Había que ser tonto para tomarle el pelo a Rebaque.

Había campeonatos entre clases de todos los deportes que se practicaban en el colegio. Cuando nos tocaba jugar a balón-mano no nos ganaba nadie si jugaba Rebaque. Lo malo era que era externo, y normalmente los externos no se apuntaban a estas competiciones porque les pillaba mal el horario. Cuando jugaba, cada vez que soltaba el balón hacia la portería, los contrarios se tenían que apartar a un lado si querían salir sanos y salvos de aquel enfrentamiento. ¡Qué fuerza tenía el tío! (*Continuará*)

Carlos Valentin Gil